

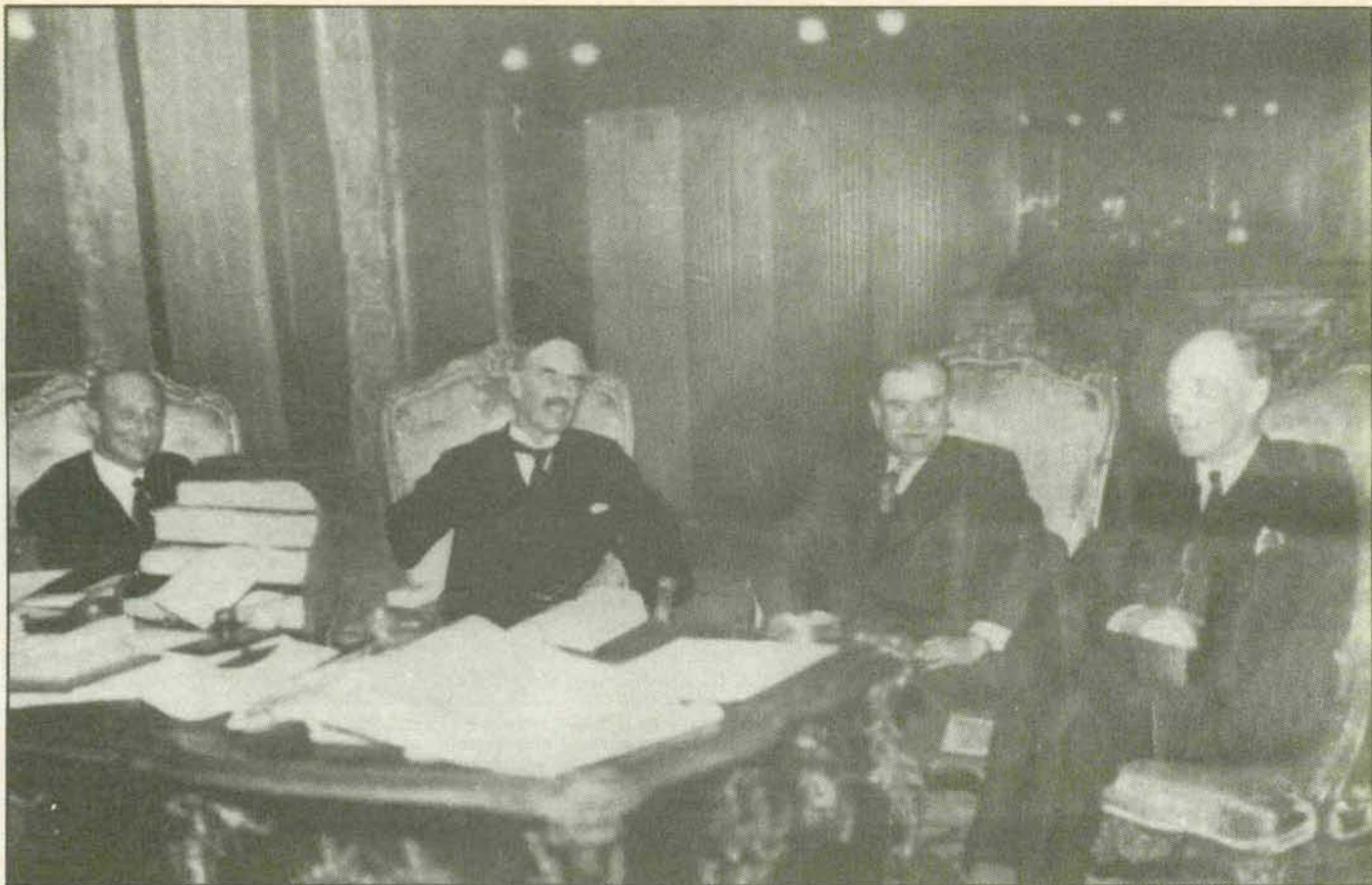
Hace cuarenta años...



se desgarró España

Amaro del Rosal Díaz

ENERO de 1939. El espectáculo de Cataluña del final de 1938 y enero de 1939 resultaba increíble e inenarrable. Sólo podría compararse hoy con el de la debacle de Francia, cuando a los cinco meses de nuestra derrota, marzo de 1939, estallaba la Segunda Guerra Mundial —septiembre del mismo año— y el Ejército hitleriano, a los pocos meses, avanzaba victorioso sobre París provocando su evacuación en el desorden y el pánico. La de Barcelona y el resto de Cataluña, ofrece las mismas estampas que las de París en junio de 1940, con sus columnas humanas de población civil huyendo aterrorizadas del Norte para refugiarse en el Sur.



Enero de 1939. Conferencia franco-británica, en el Qual D'Orsay, París. De izquierda a derecha: Bonnet, Chamberlain, Daladier y lord Halifax. En esos momentos se desarrollaba la batalla definitiva de Cataluña y se montaba el golpe del coronel Casado en la zona Centro. (Foto archivo «L'Illustration».)

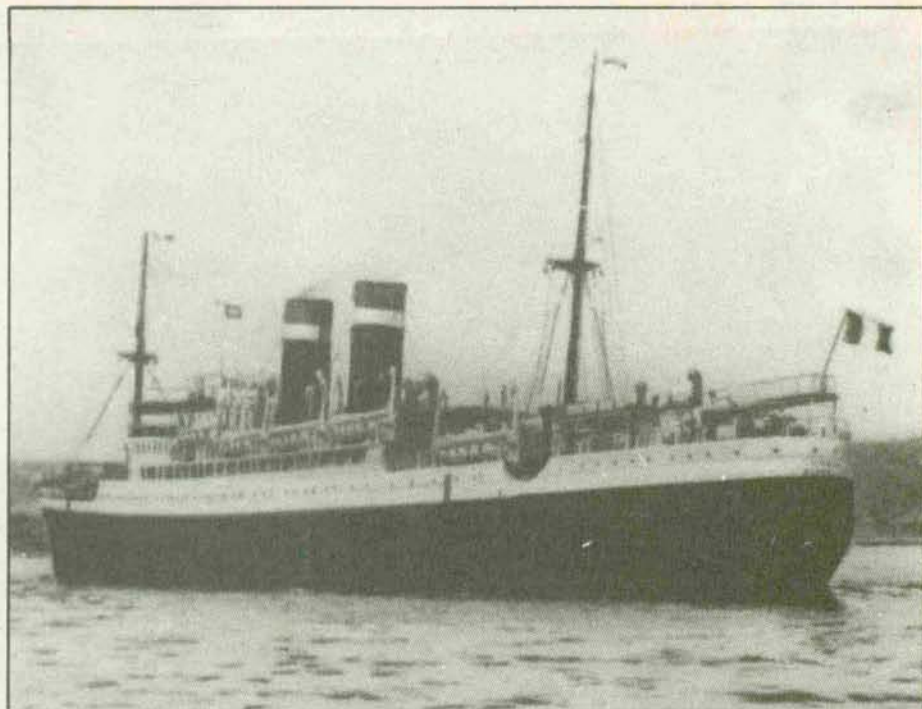


De París a Roma... Chamberlain y lord Halifax, tras la Conferencia de París, salen para Roma a dar continuidad a sus maniobras de «paz» en Europa y de «una paz honorable» para España... (A la llegada a Roma, lord Halifax, Chamberlain, conde Ciano y Mussolini.)

LAS principales villas y pueblos del Sur de Francia, se transformaban en hormigueros humanos, como había ocurrido en Gerona, Figueras y otras villas y pueblos, con la sola diferencia —aparte de los volúmenes de población— de que las rutas francesas, con la excepción de algunas, no estuvieron sometidas a criminales bombardeos de aviones y aviadores «nacionales». La ciudad de Burdeos, con una población normal de doscientos sesenta mil habitantes, se vio invadida por cerca de dos millones de desmoralizados fugitivos, determinando un ambiente de caos indescriptible. Pero España había vivido tres años de guerra y evacuaciones.

El Gobierno sale de París y deambula por el Sur sin encontrar acomodo, de Tours a Burdeos, de allí a Biarritz y Clermont Ferrand, para instalarse definitivamente en Vichy bajo la autoridad del mariscal Petain.

La retirada del Ejército, la odisea de la población civil de Cataluña, había ofrecido un desorden más breve: Barcelona, Gerona, Figueras, frontera pirenaica. Para los refugiados españoles republicanos los

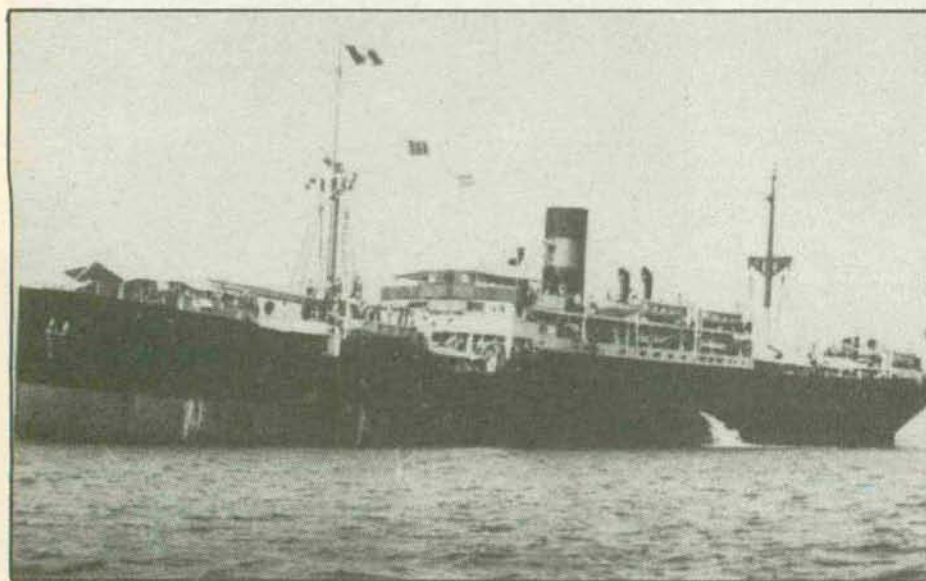


El «Sinala», vanguardia de la Esperanza, sale del puerto de Sète el 22 de mayo de 1939 con destino a Veracruz, lleva a bordo 1.800 republicanos, entre ellos un importante contingente de intelectuales y la bandera del «5.º Regimiento». Están presentes en la comisión de despedida, entre otros, D. Pablo de Azcárate, como presidente del SERE y en representación del Gobierno en el exilio; la duquesa de Athöll, presidenta del Comité Británico de Ayuda; por la U.G.T. los miembros de su comisión ejecutiva, Daniel Angulano y Ezequiel Ureña. (Foto, archivo del Autor.)

hechos que se estaban produciendo en Francia en los momentos de su derrota les hacían recordar los que ellos habían vivido al final de nuestra guerra, tal parecía que significaban una maldición, un castigo histórico. No faltaba sectario que injustamente exclamara: «Estos c... se lo merecen». Pero no. Los sufrimientos del pueblo de Francia eran los sufrimientos de los re-

fugiados españoles y los de sus pueblos, y ambos, consecuencia de la política nefasta de los Daladier, Chamberlain y compañía, dando continuidad a las debilidades de Leon Blum en 1936, consecuencia de las cuales, bajo el régimen de Vichy, terminó ante la corte suprema de Riom en febrero de 1942 y más tarde en un campo de concentración de Alemania, donde se encontró con Francisco Largo Caballero, a quien, en 1936, le negó las armas que en los primeros momentos hubieran salvado a la República. En vez de armas, inspiró el famoso «Comité de no-intervención», cuya política terminó estrangulando a España, a Francia y a Europa.

La nueva y penosa situación de Francia agigantaba la angustia y la desesperanza de los españoles encerrados en los campos de concentración. En esa situación sin salida apareció la enérgica posición del Presidente mexicano, el general Cárdenas y su Gobierno, ofreciéndoles un derecho de



El «Ipanema», el barco que transportó a Veracruz a la segunda expedición colectiva de refugiados. Sale de Francia el 7 de julio de 1939. (Foto, archivo del Autor.)

asilo político colectivo, amparados diplomáticamente por su Embajada. Desde ese momento quedaban los refugiados españoles y miembros de las Brigadas Internacionales bajo la protección del Pabellón mexicano, hecho que aceptó el Gobierno del mariscal Petain después del gran crimen cometido al entregar a Franco al Presidente de la Generalidad de Cataluña, Luis Companys, a los ex-ministros Julián Zugazagoitia, Juan Peiró, al periodista Cruz Salido, a Carlos Mantilla y Teodomiro Menéndez, para ser fusilados los cuatro primeros. ¿Cuándo la España democrática hará justicia a esa figura, amigo singular del pueblo español que fue el general Lázaro Cárdenas?

La ofensiva del Ebro había despertado grandes y exageradas esperanzas, pero la rápida y arrolladora contraofensiva del enemigo, que disponía de una masa de aviación aplanadora y de toda clase de elementos de combate en tremenda superioridad, le permitió desmoronar los frentes republicanos y desmoralizar la retaguardia a un nivel colectivo incontrolable.

Bastante antes de la contraofensiva del Ebro habían llegado a puertos del Sur de Francia uno de los más grandes cargamentos de aviones desarmados y material de guerra. En ese momento Daladier cierra la frontera y mantiene bloqueado ese material pagado y destinado al Gobierno legal de España.

El Ejército republicano confiaba en esos importantes suministros que se encontraban en tránsito hacia Cataluña. Italia y Alemania se habían volcado en la ayuda a los «nacionales» empeñados en la batalla de Cataluña, considerándola como definitiva para finalizar la guerra. El cínico Comité de «no-intervención»

cumplía su vergonzosa misión de alcahuete. La España republicana estaba vendida y vivía las últimas semanas de su existencia legal.

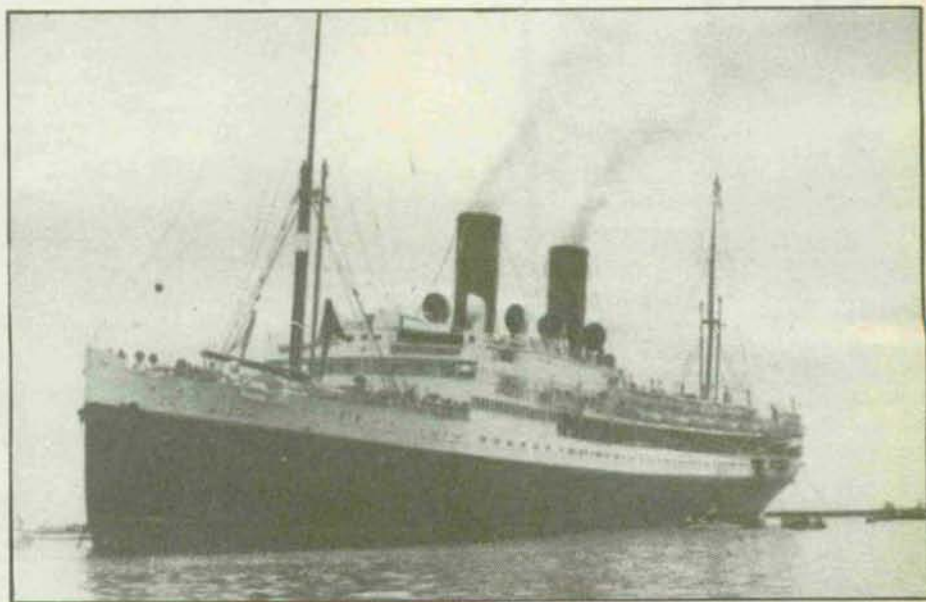
El último cuadro de la manobra y del crimen de las cancillerías se escenifica en la Conferencia de París en enero, y en ella se anticipaba la victoria de los «nacionales» sobre Cataluña y entre bastidores se complementaba el montaje de la acción de los agentes de los servicios secretos franco-británicos instalados en Madrid para la liquidación de la resistencia en la zona Centro y ultimar la derrota del pueblo español.

En efecto, a mediados de enero se reúnen en París, en el Quai D'Orsay, Daladier, Bonnet, Chamberlain y Halifax. Tratan la cuestión de España, que para ellos ya estaba decidida. Hay que dar por liquidado el molesto «problema español», para ponerse de acuerdo con Mussolini y, más tarde, con Hitler y «asegurar la paz». Se quiere dar la impresión en ese conciliábulo de malditos de que la posición de Mussolini puede diferenciarse de la de Hitler. Las especulaciones en torno al Mediterráneo

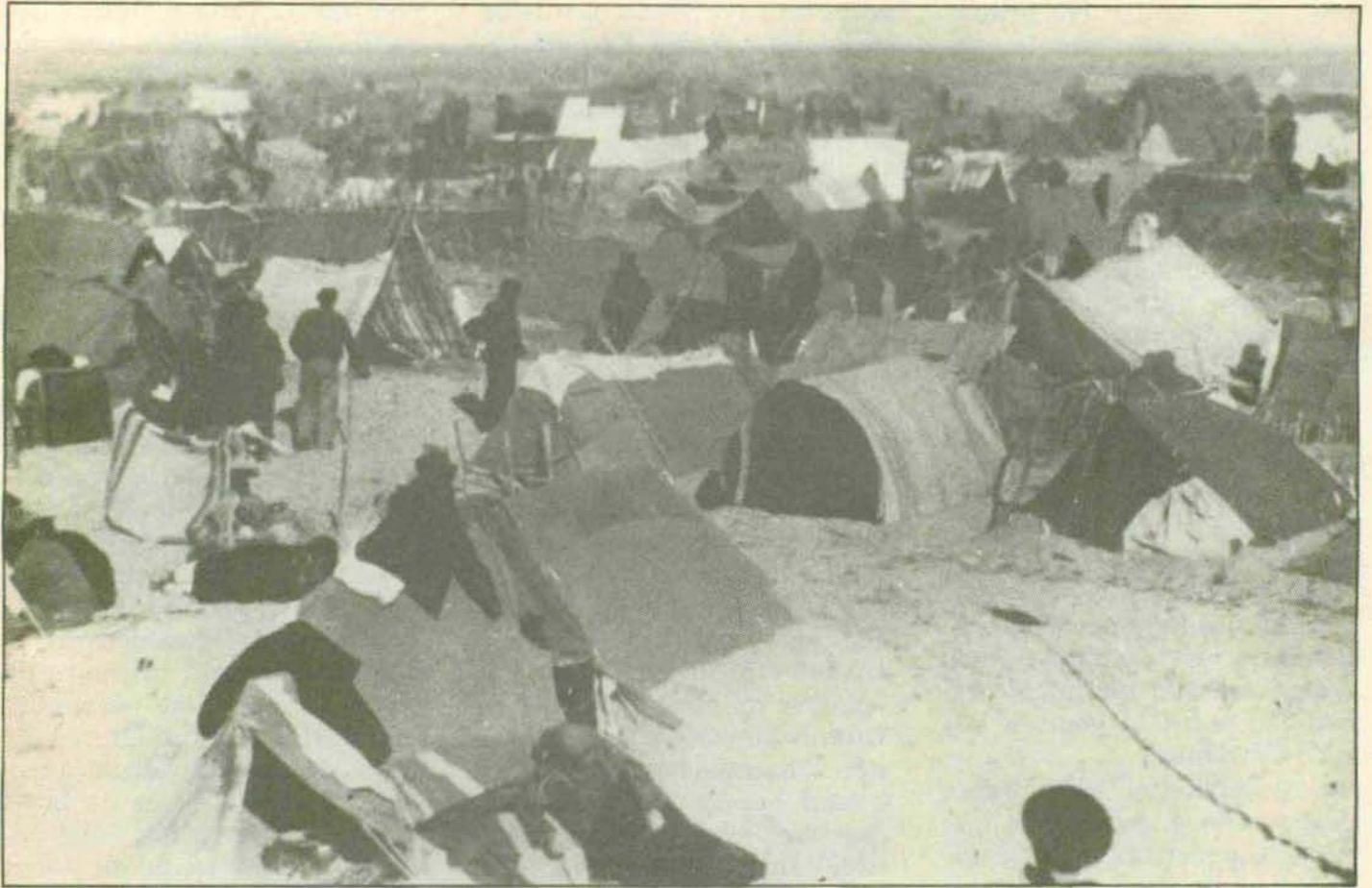
han llevado y siguen llevando a grandes errores de cálculo.

En esa reunión se confirma la «alianza anglo-francesa». Los reunidos afirman ante Mussolini su tramposa y cobarde fórmula de paz para Occidente, dejando las manos libres a Hitler para que siguiera sus ambiciones de dominación hacia el Este y respetando la independencia de Polonia, con sus 32,5 millones de habitantes; su Ejército de medio millón de hombres bien armados y equipados; sus quinientos aviones de bombardeo y sus dos mil aviones de combate, con la posibilidad de movilizar hasta cuatro millones de sus reservas. «Este país —decía "L'Illustration" el mes de abril, después de dar las anteriores cifras— posee un buen cuerpo de oficiales, una población valiente, de gloriosas tradiciones militares». Lo que olvidaban era que las clases dirigentes y esos oficiales, forjados por Francia e Inglaterra, respondían a un pensamiento fascista y para ellos el único enemigo era el comunismo y la Unión Soviética.

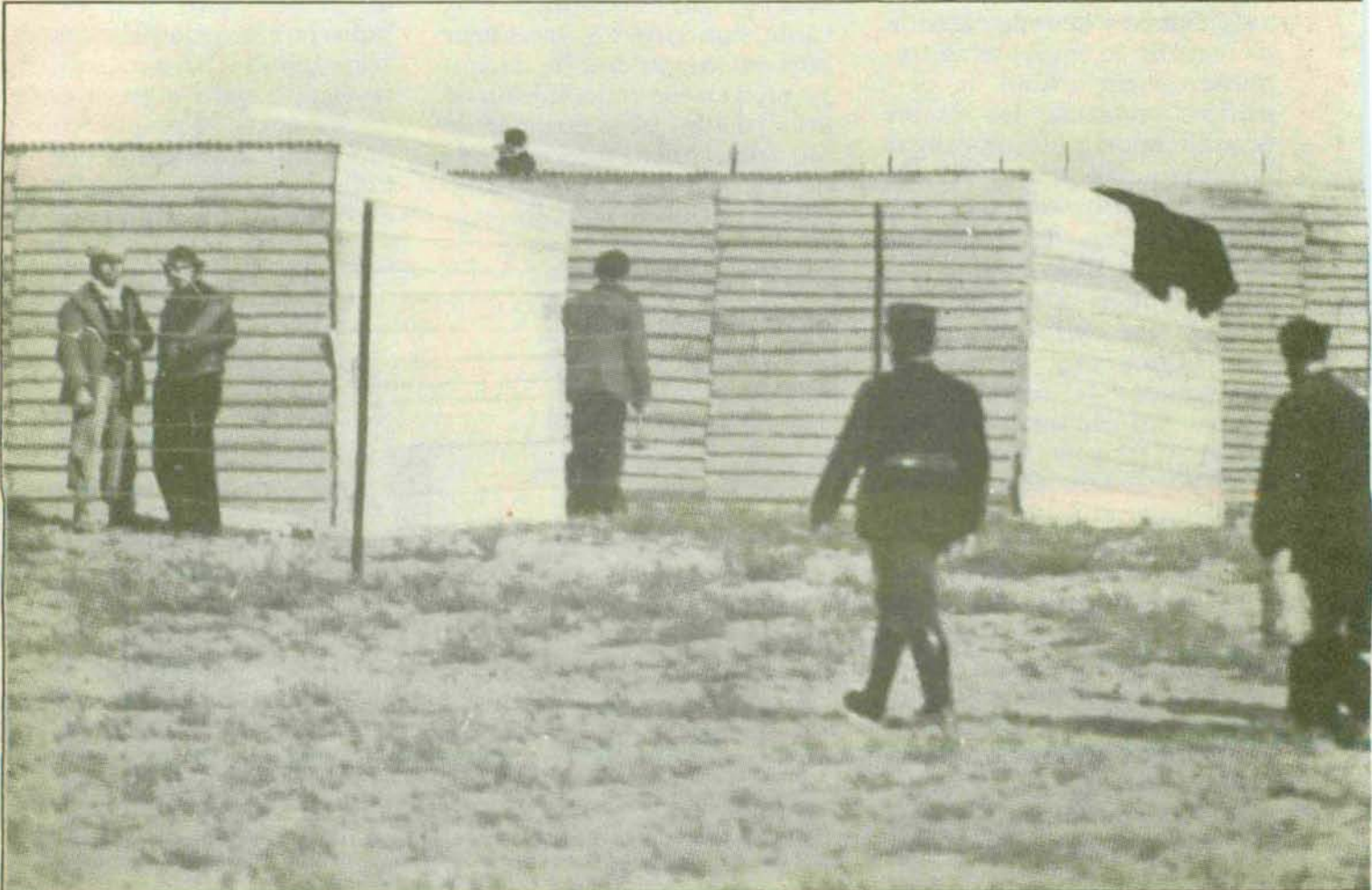
Polonia era el bastión de avanzada anticomunista, an-



«Le Mexique». Siete días más tarde que el «Ipanema», sale para Méjico «Le Mexique» con más de dos mil refugiados. Fue la tercera de las más importantes expediciones colectivas. (Foto, archivo del Autor). El 4 de agosto saldría para Chile el «Winnipeg», con otros dos mil refugiados gracias a las gestiones de Pablo Neruda.



Los «chalets» de los refugiados en las playas de la Francia de Daladier, febrero de 1939. (Archivo AR).



tisoviético, de los Estados Mayores franco-británicos; un Estado formado y mimado por Francia e Inglaterra. ¡Que nadie lo toque!, pero Hitler lo atacó y lo destruyó en horas... de acuerdo con sus planes y no con los de París y Londres. La Unión Soviética, en una acción preventiva de defensa, avazó sus fronteras en aquel vulnerable frente.

Daladier y Chamberlain suponían que el Duce se abstendría, por el momento, de formular nuevas demandas, pues esperaba la victoria de Franco, que debería producirse en un plazo breve, para adoptar nuevas actitudes en defensa y ampliación de su «Imperio». Chamberlain y Daladier, sin duda, en esas reuniones dieron las últimas instrucciones a los agentes especiales situados en Madrid relacionados con Casado y ambos con la «quinta columna», al mismo

tiempo que los gobiernos de París y Londres reforzaban el bloqueo diplomático y de suministros al legal de la República española.

De la Conferencia de París salen para Roma, Chamberlain y Halifax, en misión de embajadores de los acuerdos de la Conferencia para entrevistarse con Mussolini y el conde Ciano, con el propósito de ganarlos para la causa de la paz que estaba forjando el hombre del paraguas.

Por lógica debe de figurar en la agenda, como primer punto, «la paz» y la urgencia de liquidar la guerra de España facilitando la victoria a Franco y a su Ejército «nacionalista». En Roma se confirmará la última fase de la maniobra, de la que está enterado y sigue al minuto Hitler desde su guarida de Berlín. Ingleses y franceses están seguros de contar con Italia para su política de

«paz». El sacrificio de la España republicana, después del de Checoslovaquia, es una garantía. Al fin, no se trataba más que de seguir los lineamientos de la Conferencia de Munich de septiembre de 1938. Los siniestros propósitos son claros: que Hitler, con su anticomunismo, se lance sobre el Este —dirían—; nosotros, «demócratas», con el nuestro, nos encargaremos de Occidente. Cataluña, en aquellos momentos, era una consecuencia de esa política, culminación de la farsa de la «no-intervención». El final sería el golpe faccioso del coronel Casado en la zona centro. El Gobierno ilegal de Burgos tendría el mejor aliado en el Consejo Nacional de Defensa de Madrid.

La prensa reaccionaria de París, Londres y la fascista de Roma y Berlín exaltaban las figuras del «apaciguamiento»

El campo de Argeles-sur-mer. Un grupo de refugiados transportando el rancho... (Foto, archivo «L'illustration»).





Una curación de urgencia en el campo de concentración...

de los seis personajes, presentados como forjadores de una era de paz «para medio siglo». «El paraguas de M. Chamberlain y el God Save the King; todo el patriotismo religioso, tenaz del "old England" está expresado por esos dos símbolos». Así se manifestaba

«L'Illustration» del 21 de enero de 1939, y el resto de la prensa, comentando las dos conferencias.

La inocente República, antes de la batalla del Ebro, había evacuado, con todos los honores y en una conmovedora manifestación de homenaje, a

todos los combatientes extranjeros, cumpliendo así con una decisión de la Sociedad de las Naciones, mientras Franco reforzaba su ejército «nacional» con nuevas unidades italianas y alemanas, y cientos de aviones. Para Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros estados, no había más gobierno legal de España que el de la República. Italia y Alemania se mofaban de la S. N., de las «democracias» y de su engendro llamado cínicamente «Comité de no intervención».

El Gobierno del doctor Negrín, en los meses de octubre y noviembre, ya tarde, reiteraba sus angustiosos llamamientos a las organizaciones del Frente Popular para que colaboraran con las disposiciones del Ministerio de Defensa tratando de crear, con toda urgencia, batallones especiales de zapadores que llevaron a la práctica el plan de fortificaciones de defensa de Barcelona y otros puntos estratégicos de avanzada que obstaculizaran el avance del enemigo. No fue posible crear



Una masa de milicianos desarmados en Prats de Mollot, camino de los «campos» de las playas del sur de Francia. (Foto, archivo «L'illustration»).



Grupo de soldados entrando en Le Perthus en filas de seis en fondo, después de bien revisados serian enviados hacia las playas.

un ambiente, una moral, que imitara la reacción del pueblo madrileño en los difíciles días de octubre y noviembre de 1936, cuando el ministro de la Guerra, Largo Caballero, hace el mismo llamamiento a la U.G.T. y a las pocas horas sobraban hombres y faltaban picos y palas. Madrid se había fortificado. En los dramáticos días de noviembre de 1936 la capital de España contó con la solidaridad de Cataluña, pero ante la gravedad de la situación y el peligro de caer en poder del enemigo, Barcelona, Cataluña, en 1938 no contó con reacciones de solidaridad en los frentes del Centro y el enemigo encontró las rutas expeditas, sin fortificaciones en su marcha hacia Barcelona, Gerona, Figueras, hasta alcanzar la frontera.

Es obligado reconocer que, por diversas razones, la retaguardia de Cataluña de finales de 1938 no era la retaguardia de 1936. El mismo fenómeno es válido para la zona Centro en la misma fecha.

Las causas que determinaban esos efectos aún no han sido analizadas históricamente. El Gobierno, tal vez, había minimizado los problemas de la retaguardia, tanto en Cataluña como en el Centro. En nuestro libro «La historia de la U.G.T. 1936-1939» se ponen de relieve algunos hechos en relación con este fenómeno.

Al Ejército republicano de Cataluña, ante un conjunto de realidades adversas, no le quedaba más que asegurar ordenadamente una táctica de repliegue bajo la presión del

enemigo, pero sin poder establecer una línea de resistencia que contuviera su avance. Al Ejército no sólo le faltaban elementos de combate, sino que también le fallaba la retaguardia.

En la última decena de enero, por disposición del Gobierno, se había iniciado la evacuación civil de Barcelona hacia Gerona, a la que siguió la de los organismos oficiales y de las instalaciones militares. La U.G.T. organizó un tren especial para evacuar con destino a la Casa del Pueblo de Gerona a su C. N. y Comisiones Ejecutivas de Federaciones Nacionales, así como sus archivos. A las pocas horas de conocerse la noticia de evacuación, un río humano discurría por todas las rutas rumbo a Gerona,



Hacia el campo de concentración... con alegría y puños en alto... ¡Venceremos!

a los puestos fronterizos de Prats de Mollot, Le Perthus, Cervere y otros pasajes fronterizos. Se iniciaba el dramático éxodo.

La visión de esas columnas humanas, la lucha por medios de transporte lo trastornaba todo. De contarse con medios de transporte la Cataluña liberal, democrática y antifascista, se habría vaciado sobre Francia. No obstante, se vació un trozo de España, lo que representó una gran sangría

para el pueblo español. En esa caravana humana se confundían autoridades del Gobierno central, del autónomo de Cataluña y el País Vasco, miembros del Parlamento, los hombres más preclaros de la intelectualidad que se pueden simbolizar en Antonio Machado, profesores, periodistas, doctores, pintores, etc. Por los puestos fronterizos entraron tres Presidentes: Negrín, Companys y José María Aguirre. Por Le Perthus, Mo-

llet y Cervere los contingentes del Ejército republicano con sus mandos. El Presidente de la República, Manuel Azaña, ya estaba en Francia. Una multitud de medio millón de españoles se refugiaron en Francia. Parte de ellos habían vivido las angustias de la evacuación del Norte de España, de Vizcaya, Santander y Asturias. El calvario continuaba. En las Conferencias de París y Roma seguramente estaba previsto ese dramático final

de la batalla de Cataluña, ofreciéndole como epílogo los campos de concentración en los arenales de las playas del Mediterráneo. Ese trozo del pueblo español republicano quedaría bloqueado en Francia, mientras París y Londres, confabulados con Roma y Berlín, cubrirían la segunda fase de la operación, que sería la sublevación del coronel Casado (6 de marzo) y sus cómplices en la zona Centro para conseguir de Franco «una paz honorable».

El río humano de población civil, de mujeres, niños, ancianos, mutilados de guerra, enfermos que habían abandonado los hospitales, en su deslizarse hacia la frontera, ofrecían estampas estrujantes. El espectáculo nocturno, algo siniestro. Que esas evacuaciones hayan sido ametralladas en diversas ocasiones por

aviones «nacionales» en su etapa final de Figueras a Le Perthus, revelaba el sadismo, el sentimiento criminal que inspiraba esas bárbaras acciones. Nunca podremos olvidar esos espectáculos, las estampas desgarradoras que presenciábamos en nuestros cortos viajes de Figueras a la Guayana, adonde se encontraban los miembros del Gobierno, y de la Guayana a Figueras. Madres hubo que en esa terrible peregrinación perdieron algunos de sus hijos.

Las zonas fronterizas y las aduanas francesas, difícilmente volverán a conocer momentos tan caóticos y cargados de dramatismo como los vividos en los primeros días de febrero de 1939. Para esa riada humana, el calvario no terminaría con su llegada a la frontera. Allí empezaría otro, tan duro y extenuante

como el primero. Había que iniciar una nueva etapa en tierra extranjeras, desde la frontera hacia los campos de concentración y refugios, bajo la vigilancia y control de gendarmes y senegaleses. Los refugiados españoles, nada más cruzar la frontera, quedaban desposeídos de toda personalidad y libertad. Los hombres, ese trozo de pueblo español que durante cerca de tres años habían defendido la independencia y la libertad de España y de la misma Francia, serían recluidos en campos de concentración en condiciones infrahumanas. Así lo habían determinado Daladier, Bonnet, Chamberlain, Halifax y Mussolini en París y Roma con el beneplácito indirecto de Hitler, en un sucio e indigno juego diplomático.

En febrero de 1939 medio millón de españoles se encontra-



Grupo de mujeres y niños refugiándose en Francia. (Foto Mayo).

ban en los campos de concentración y encerrados en refugios de la Francia de los Derechos del Hombre, mientras el 6 de marzo se desarrolla en Madrid el proceso de intriga y de sublevación que desconoce el Gobierno legal del doctor Negrín para ser sustituido por un Consejo Nacional de Defensa, integrado, entre otros, por Miaja, Casado y Besteiro, que lleva a la zona Centro a una segunda debacle, al caos y a un nuevo torrente de evacuación hacia Levante, Valencia, Alicante y otros pequeños puertos con la esperanza de ganar las costas de Africa. Esa evacuación tiene otras características, pero en ciertos aspectos es tan dramática como la de Cataluña. Esta segunda parte de la tragedia sólo pueden escribirla los que la vivieron. El puerto de Alicante se convirtió en una gigantesca concentración humana, sumida en la desesperación, cer-

cada en los primeros momentos por fuerzas italianas y, más tarde, «nacionales».

A los puertos de Orán, Argel y Túnez llegó otro trozo del pueblo español desprendido de España. Los atrapados en la encerrona de Alicante conocerían a las partidas de chacales, cegadas de odio, que caerían sobre esa masa inerte de republicanos para escoger a sus víctimas y desahogar los más irracionales instintos de venganza. Será difícil justificar ante la Historia cómo un profesor de lógica pudo confiar y creer en una paz honorable, sin represalias, del general Franco. Para negarlo, ahí están, como símbolo del crimen y de la venganza, el puerto de Alicante, el campo de Albaterra, prólogo del calvario y muerte de Miguel Hernández. Su sangre se confunde con la de los miles de demócratas españoles que fueron

víctimas de ese gran engaño, de «la paz honorable», igual a la paz que ofreció a Europa el nefasto hombre del paraguas (Chamberlain...).

La vida de los refugiados españoles en Francia y Africa fue un verdadero calvario pleno de vicisitudes. Campos de concentración, refugios, brigadas de trabajo forzado. Y por si todo eso fuera poco, sobre ellos se proyectaron todas las cuestiones conflictivas de tipo político en que se debatió la emigración con su abanico de «antis» y «pros»: «negrinismo» y «anti-negrinismo», «prietismo» y «anti-prietismo», «casadismo» y «anti-casadismo», «comunismo» y «anti-comunismo», etcétera, impidiendo toda política de unidad. La leyenda de la Torre de Babel inspiraba a los enemigos de la unidad.

Consecuencia de ese negativo abanico fue el desconoci-



Exodo: Barcelona, Gerona, Figueras, Prats de Mollot, Cervera... hacia los arenales de las playas del sur de Francia, con la esperanza de un pronto retorno a la Patria... El exilio duró cuarenta años... La inmensa mayoría ya no volvieron. (Foto, Mayo).



Extenuados de fatiga, a un paso de Francia, en Ares, los huidos dejan abandonados sus pobres equipajes. (Foto, archivo «L'Illustration»).

miento del Gobierno del doctor Negrín, reemplazado por una facciosa Comisión Permanente de las Cortes que destruye la legal. Frente al Gobierno, la Comisión Permanente. De acuerdo con los gobiernos mexicano y francés, el doctor Negrín había creado el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (S.E.R.E.), que inicia las evacuaciones hacia América. Más tarde, la Comisión Permanente creaba el organismo llamado Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles (J.A.R.E.), para enfrentarlo con el S.E.R.E. Su labor en Francia no significó más que una política de obstrucción, lo que no ha sido óbice para que, en julio de 1945, en México los autores de la política de desintegración de la emigración reconocieran la legalidad del Gobierno de Negrín, al que, de 1939 a 1945, le habían negado la legalidad, el pan y el agua... Los nuevos Daladier, Chamberlain reforzados por los Foster Dulles, en un nuevo tipo de maniobras, habían decidido que se reconociera al Gobierno Negrín para destruirlo

y que se nombrara un nuevo Gobierno en la emigración, al servicio de Londres y Washington, factor dirigente decisivo con bomba atómica y sin «paraguas»...

En el orden internacional complicaron la situación de los refugiados los acontecimientos, como el Pacto Germano-Soviético y la declaración de la Segunda Guerra Mundial, que tuvieron serias consecuencias y negativas repercusiones en los medios de la emigración, y, finalmente, la derrota e invasión de Francia por las hordas hitlerianas. Miles de españoles fueron deportados a los dantescos campos de concentración de Alemania, en los que entraron por sus impresionantes puertas y salieron por las chimeneas de los hornos crematorios... En el de Mathausen, de cinco mil internados sólo regresaron unos quinientos.

En ese cuadro de tragedia vivió la emigración española en Francia de 1944 a 1945, año de la liberación, pero no de España, donde la dictadura terrorista franco-falangista pervivió treinta años más.

De 1939 a 1975 han transcurrido treinta y siete años, la inmensa mayoría de los refugiados en Francia, Africa y América se quedaron en esa peregrinación sin retorno. Los hombres que cruzaron la frontera pirenaica en 1939 con treinta años, tienen hoy sesenta y seis; los niños que tenían quince, alcanzaron el medio siglo, y los hombres de cuarenta, contarán hoy setenta y seis. La mayoría de la masa de la emigración duerme bajo tierras extranjeras sin haber visto liberada a su Patria, sus hijos, sus nietos, con excepciones, se perdieron para esa España de hoy que inicia su indecisa marcha por el camino de la democracia, olvidando el mito o leyenda de la Torre de Babel. ●
A. d. R. D.

NOTA:

El anterior trabajo se inspira y son acotaciones en la obra del mismo autor que acaba de ponerse a la venta, titulada «Historia de la U.G.T. en la emigración», Editorial Grijalbo.